

en 1817 en que los ladrones lograron su objeto se dice que la población estuvo de duelo. Según el partido político que está en el poder así lo visten: ahora tiene traje de paisano; pero en tiempo de Luis XV, llevaba un sombrero con su gran cucarda blanca; en tiempo del Imperio vestía los colores de la bandera francesa; en la Revolución de 1830, usaba la blusa del revolucionario, y en la actualidad, en los días de las grandes fiestas, se le adorna con la túnica de la guardia burguesa. Tal Maniquí representa el mismo papel que la parte ignorante y desgraciada del pueblo, que aparece como liberal ó retrógrada, monarquista ó republicana, según el partido á que pertenecen, los que mandan.

Visité la casa « Lucas Huys » edificio flamenco del XVI, en el que todos los muebles y cuadros son de aquella época. Materialmente al pasar el dintel de la puerta se parece trasportado como por encanto á aquellos lejanos tiempos.

Vi la Antigua Casa de las Corporaciones, que por su singular arquitectura es una de las curiosidades de Bruselas; y el monumento de los Condes de Egmont y Horns, decapitados por sentencia inicua del Duque de Alba: es uno de los asesinatos jurídicos que más eco han tenido en el mundo. Este monumento está levantado en el mismo lugar en que fueron ejecutados; y se dice que en el momento de llevarse á cabo aquel acto infame, el Duque de Alba se asomó por la ventana de una casa inmediata, para presenciar él mismo la ejecución.

Vi el exterior del Teatro Real, que tiene un bonito peristilo de columnas jónicas, y visité el Bosque de Cambre, paseo por el estilo del Bosque de Boulogne en París; sus lagos, bosquecillos, kioscos, islas, peñascos, restaurants y puentes rústicos le hacen un sitio encantador.

Bruselas tendrá más de 400,000 habitantes, y por sus hermosos boulevards, macadamizadas y limpias calles, bellos edificios públicos, algunos de antigua arquitectura, patrióticos monumentos, espléndidos paseos y el bondadoso carácter de sus habitantes, es una población digna de ser visitada, y la mansión por algún tiempo en ella, debe ser agradable. Una circunstancia le es desfavorable: la vecindad de París, capital que todo lo oscurece en su rededor.

Hay en las cantinas de Bruselas, en que la bebida ordinaria es la cerveza, y que es servida por graciosas jóvenes, una original costumbre: al llenar la copa, antes de darla al consumidor, la prueban. Parece que en un tiempo, según la tradición, hubo algunos que fueron envenenados en las cantinas, y desde entonces se hizo de moda el probar la bebida antes de despacharla. Bella costumbre que proporciona la dulce satisfacción de apurar un licor besado antes por lindísimas chicas.

Ya entrada la noche, estuve en el hotel para arreglar mi equipaje, pues me disponía á continuar mi camino á París: y oí que seguían los mimos y sollozos de mis vecinos del cuarto inmediato.



LA DEJAZET EN SU JUVENTUD.

CAPÍTULO LII.

VUELTA Á PARÍS

Cementerio de Montmartre; Eloísa y Abelardo; la Dama de las Camelias. — Carreras de caballos en Longchamps. — La Dejazet. — Dos Mujeres hermosas. — Preparativos de regreso á México.

25 de Setiembre.

Anoche salí de Bruselas y he llegado á París (311 kilóm.) hoy al amanecer.

El placer que he experimentado al volver á esta bulliciosa y linda ciudad, sólo lo podré comparar con el que siente el enfermo que, sujeto por largo tiempo al encierro en una habitación sombría, y á una dieta prolongada, se encuentra de nuevo en el torbellino del mundo, disfrutando de la luz, del aire, apurando sus bebidas favoritas, tomando los manjares de su agrado y vuelto al seno de sus amistades y recreos.

Si hermoso me pareció París, la primera vez que le conocí, ahora, que le

puedo comparar con las demás ciudades y capitales de Europa, me parece mucho más bello.

Sí, París es difícil que tenga rival en el mundo. Yo aconsejaría á los que viajen en busca de placer y emociones, que lo último que vean sea París: pues saliendo de esta capital, ya todo parece pálido, raquíico y sin gusto.

Los edificios de otros pueblos aparecen marchitos y faltos de vida, los paseos sin gente, los teatros vergonzantes, las plazas amaneradas, los hombres con aspecto de provincianos, las mujeres, por costosos trajes que usen, parecen aldeanas que no saben llevar su ropa, ó ricas improvisadas á quienes visten sus enemigas.

Parece increíble, pero es la verdad: he visto aristócratas damas, pertenecientes á cortes extranjeras, con vestidos que indudablemente han sido arreglados en París, pero que en su cuerpo me han causado lástima; llevan el traje de moda en esta capital; pero les falta el modo de llevarlo, esa gracia, ese *chic*, ese aire gracioso, ese paso breve y provocativo de la Parisiense.

He tenido el gusto de volver á ver á mi amigo el Señor Lorenzo Ceballos; y en su compañía he visitado el Panteón de Montmartre. En este cementerio se encuentra una tumba que algunos señalan como de Margarita Gauthier, que, con el nombre de Traviata, es la heroína de una ópera, y con el de *Dama de los Camelias*, ha dado motivo á la elegante pluma de Dumás hijo, para una de las más interesantes y conmovedoras leyendas que puede caer en manos de un lector.

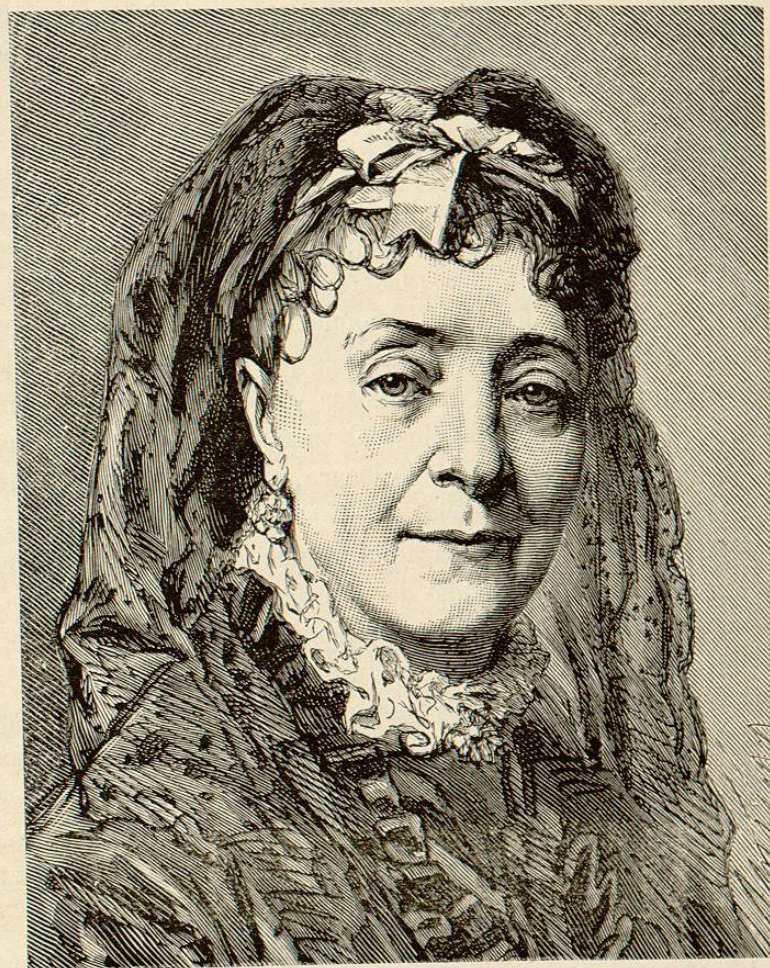
Los grandes y verdaderos amores en esta Babilonia que se llama París, son rarísimos. Son tantas las distracciones que á todas horas y en todos lugares encuentra el ánimo, tales las preocupaciones y refinamientos de la moda, tan fácil la satisfacción de los deseos que toman la máscara del amor, tan profusa la abundancia de hechiceros seres que distraen la inteligencia y hacen imposible toda elección, que es difícilísimo se tenga todo el temple de alma necesario para sustraerse á ese dorado y deslumbrador torbellino, para fijarse en un solo objeto, soñar y vivir sólo para él; y casi imposible es que en ese objeto se abrigue un corazón capaz también, en medio de esta bacanal, de la sublime locura del amor.

Amar con frenesí y delirio en los pueblos cortos, en donde el círculo de gentes es reducido, y nada distrae el alma de su instinto meditativo, es fácil; pero en estas grandes capitales es un fenómeno: por eso han hecho tanto ruido los amores de Eloísa y Abelardo, en tiempos pasados, siendo su tumba, en el cementerio del Padre Lachaise, objeto de un verdadero culto; y en nuestros días, impresiona tanto la leyenda en que se refiere la pasión de Margarita Gauthier y de Armando Duval.

Pero ¡qué amores tan distintos! Entre Abelardo y Eloísa, es la más sagrada y avasalladora de las pasiones, naciendo en dos cerebros igualmente privi-

legiados, en dos corazones castos que se encienden misteriosos y á escondidas al más febril de los amores.

Entre Armando y Margarita, es el noble que en sus excursiones de calavería tropieza con una de esas Divas de festín y de orgía, á quien rinde su alma enloquecida y delirante; es la aristócrata ramera, que en la vertiginosa



LA DEJAZET YA ANCIANA.

vorágine parisiense, en que naufragan todas las virtudes, ha vendido sus caricias, y depravado su cuerpo, pero conservando un corazón virgen que se electriza é incendia al frenético contacto del de Armando; que en los volcánicos delirios de su amor tiene la heroica, inconcebible resolución de ocultar su pasión y que muere consumida en su llama, para hacer feliz á Duval, y volver la tranquilidad á su distinguida y desolada familia: una verdadera redención de la mujer culpable, por medio del amor.

La pasión de Eloísa y Abelardo grande y gigantesca, me parece estar en el orden natural. El terrible, noble y mágico amor de Margarita y Armando, es caprichoso, extraordinario, fenomenal, rompe todas las reglas, desafía un tanto á la naturaleza, y era preciso que hubiera acontecido, para poderse dar razón de él.

Me dicen que algunas de las *grisetas*, *cocotas* y grandes *loretas* de París tomando la ficción por realidad, ven esta tumba como su *Palladium*, la visitan con frecuencia y escriben sobre sus paredes los más diversos pensamientos.

26 de Setiembre.

Asistí á las carreras de caballos en Longchamps, en que la concurrencia es aristócrata y brillantísima, y á donde las *loretas* de moda, envueltas en perfumes, sedas y brillantes, van á lucir sus opulentos trenes, y á recibir preciosos bouquets, sonrisas y saludos de los dandies que las andan camelando.

Estas carreras de Longchamps son lujosas y brillantes, pero son un simple paseo, una diversión en que sólo la clase elevada toma parte, mientras que en las carreras de Áscot, Inglaterra, es la locura, el frenesí de todas las clases, como las corridas de toros en Madrid.

Más tarde estuve en la gran plaza del Campo de Marte en que se elevaba un globo al que en vano se pretendió dar dirección.

Con frecuencia se están haciendo experimentos de esta clase, pero desgraciadamente hasta la fecha han sido infructuosos.

¡ Qué gran revolución en nuestros transportes, en el arte de la guerra, en los usos y costumbres de las naciones, habrá el día que se consiga y ponga en práctica invento tan deseado !

22 de Octubre.

He pasado todo este tiempo en un torbellino de distracciones y placeres que no me ha permitido hacer ningún apunte.

Por fortuna desde mi regreso á esta capital, vine á vivir al Barrio Latino, y de ordinario he pasado una parte de la mañana en los hospitales, sobre todo en el del Hôtel-Dieu, el más cercano á mi habitación ; pero el resto del tiempo ¿ qué he hecho ?

Chateaubriand nos habla del abate Rancé, afamado orador y favorito de las damas de los altos círculos de París, quien preguntado por un amigo, que era de su vida, le contestó : « esta mañana predicar como un ángel, y esta noche divertirme como un diablo. » Cosa parecida me ha sucedido : en las primeras

horas de la mañana he sido un juicioso adepto de Hipócrates ó un estudiante de asuntos militares, pero el resto del día...

Por algunas horas serias, otras de carnaval y de locura.

Teatros, paseos, bailes, copas, charla con los amigos, vagancia por los Boulevards Montmartre y los Italianos, deslumbramiento por hermosuras que ni en sueño había visto ; todo ésto mezclado, confundido, revuelto sin pies ni cabeza ; sin horas fijas para comer, ni para dormir ; con tratos ya con el joyero, ya con el fotógrafo ó la vendedora de perfumes en el Pasaje de la Ópera ; revista á todo lo brillante, extraordinario, original y atractivo que presenta París : esta ha sido mi vida en el tiempo transcurrido.

De ese conjunto, variado, caprichoso y caleidoscópico de objetos que he visto, de ese arremolinado período de vida parisiense que he pasado, flotan en mi cerebro algunas reminiscencias.

Recuerdo que una noche conocí en el Teatro de Variedades á la gran artista cómica Paulina Virginia Dejaset, representando á los 78 años de edad.

Esta actriz, favorita largo tiempo del público parisiense, es la que creó el papel de pajes, desempeñado por muchachas disfrazadas de hombre : se tienen de ella muchos dichos ingeniosos : retirada de las tablas hace muy poco, pues el año de 69 aun trabajaba, le dedicaron un beneficio y se presentó en la escena á desempeñar su papel.

Quizá sea la mujer que más joven ha entrado en el teatro, pues de familia de artistas, antes de los cinco años tomaba ya parte en los bailes de la Ópera, y la de más edad al retirarse, cuando á los 78 años aun pisa el escenario.

En esta ocasión tuve oportunidad de conocer el fanatismo que este pueblo de imaginación y de gusto tiene por el arte.

Cuando hablaba ó cantaba la Dejaset, encorvada por los años y con una voz temblorosa y apagada por la senectud, el público guardaba tal silencio que materialmente se podía oír el vuelo de una mosca : al concluir, se oía un gigantesco aplauso ; mientras que cuando seguía el coro de las bellas jóvenes que la acompañaban apenas merecía un signo de aprobación.

El culto por los artistas, esta veneración por una ruina del arte, dice mucho en favor del pueblo de París.

Este canto de la Dejaset fué el canto del cisne ; poco tiempo después supe que dejó de existir.

Recuerdo que vi á Rossi, gran trágico italiano, en el papel de Otelo, tragedia de Shakespeare : me pareció magnífico.

Igualmente vi repetidas veces á la Theo, estrella del teatro parisiense, de que antes he hablado.

Visité una Sinagoga ; la concurrencia era numerosa y elegante ; los hombres que en estos templos conservan el sombrero puesto, ocupaban el piso bajo, las señoras se veían en unas galerías elevadas que circundan el interior del edificio.